



MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 5

UNA PRUEBA
DE AMOR

booket

Megan Maxwell
Una prueba de amor
Las guerreras Maxwell, 5

Capítulo 1



Reino de Sogn, Noruega

Voces nórdicas de mujeres cantando en lenguaje rúnico animaban la fiesta de enlace entre el joven Harald Hermansen, del pueblo de Borgund, y la encantadora Ingrid Ovesen, de Ski.

Sonaban los tambores hechos de piel de reno, las *tagelharpas*, fabricadas con crin de caballo y cuernos de cabra, mientras unas cien personas bailaban alrededor de las enormes hogueras y lo pasaban bien.

Desde donde se encontraba, Demelza observaba a su padre, Yngve, comer salmón mientras bebía un gran vaso de *bjorr*, un licor extremadamente fuerte hecho con zumo de fruta fermentada.

Yngve Ovesen, antiguo y valeroso guerrero, era un granjero que se dedicaba a la cría de ovejas, vacas y cabras, de las que luego sacaba su leche para hacer queso y mantequilla. La especialidad de Yngve y su familia era el *skyr*, una leche espesa salada y fermentada que guardaban en grandes vasijas y que luego vendían en el mercado, siendo éste un producto que duraba todo un invierno.

Complacida, Demelza sonrió tocándose su larga cabellera roja. Ver a su padre bromear con la mujer que últimamente lo hacía sonreír la llenaba de alegría. En su pueblo estaba permitida la poligamia, y si a su padre eso lo hacía feliz, ¿quién era ella para cuestionarlo?

Había sido un año duro, tremendamente complicado por todo

lo ocurrido en la familia, pero la boda de su hermana era el comienzo de algo bonito y tenían que verlo de ese modo.

Estaba pensando en ello cuando su progenitor se acercó a ella y, tocándole con mimo el *kranzen*, la corona de flores que ella llevaba sobre su cabello suelto, le preguntó:

—¿Se divierte mi pelirroja salvaje?

Demelza sonrió, quienes la querían la llamaban así.

—Mucho, papá —contestó.

Pero Yngve sabía que mentía; en los últimos tiempos, la vida no había tratado bien a Demelza. El hombre se sentó junto a ella y murmuró mirando al cielo:

—¿Ves la oscuridad de la noche?

La joven levantó la mirada. El cielo estaba precioso.

—Hagas lo que hagas —continuó su padre en un murmullo—, nada impedirá que se ilumine cuando amanezca. Del mismo modo que, hagas lo que hagas, nunca podrás impedir que el color de tus ojos hable por ti.

Entendiendo sus palabras, Demelza resopló. De todos era sabido que sus ojos azules cambiaban de tono según su estado de ánimo, algo que siempre la había delatado, y poco podía hacer para evitarlo.

Sonriendo por ello estaba cuando se acercó Grunde, un vecino. Su padre y él hablaron sobre un problema que aquél tenía con el pago de unos impuestos, e Yngve se ofreció sin ningún reparo a ayudarlo.

Una vez el hombre se marchó, Demelza murmuró:

—Es bonito lo que vas a hacer por él.

Yngve sonrió. Grunde era una buena persona.

—Siempre hay alguien que necesita ayuda y que probablemente esté peor que uno mismo —afirmó—. Por tanto, nunca olvides, hija, que la ayuda se ha de ofrecer de corazón.

La joven asintió, y él continuó:

—Eres mi hija. Mi guerrera. La mujer con más coraje y más intuitiva que he conocido nunca y he tenido el placer de criar, pero

necesito que entiendas que el pasado no tiene nada nuevo que decirte.

—Papá...

—Demelza, escucha. Sé que me has perdonado por mi desacertada decisión con respecto al innombrable... Tranquila, no voy a hablar de ello. Y sé que me has perdonado porque me lo dicen tus ojos cuando me miran, tu cariño cuando me hablas y tu manera de quererme cuando me abrazas.

Demelza sonrió y él, asiendo con afecto la mano de su hija, se la llevó a su propio corazón y, mirándola a los ojos, dijo:

—Él está aquí. Contigo. Conmigo. Con todos los que lo queremos y lo recordamos, pero hay que seguir, hija. Hay que continuar caminando porque, si te paras, el dolor, la rabia y la frustración pueden paralizarte, y eso Haakon no te lo perdonará.

La joven asintió, su padre tenía razón, por lo que, conteniendo la emoción que le provocaba pensar en Haakon, aseguró observando que el broche que él llevaba, y que solamente se ponía en ocasiones especiales, estaba abierto:

—Lo sé, papá. Lo sé...

La joven se apresuró a coger el labrado broche con la piedra negra e indicó:

—Has de arreglar el enganche o perderás el broche del abuelo.

El hombre asintió, la pieza estaba torcida, y, al ver cómo ella le daba la vuelta, musitó:

—Siempre te ha gustado ese proverbio nórdico, ¿verdad?

Demelza asintió y leyó la inscripción:

—«Antes de entrar en un lugar, fíjate por dónde se puede salir.»

Acto seguido, padre e hija sonrieron, y el primero cuchicheó:

—Tu abuelo siempre decía que, entraras donde entrases o hicieras lo que hicieses, siempre había que ser consciente de las salidas que había para buscar una solución. Te habría gustado tu abuelo.

—Seguro que sí —afirmó ella.

—Mañana se lo llevaré a Herson y me lo arreglaré —dijo Yngve mientras ella se lo prendía de nuevo en la solapa.

Pero Demelza sonrió y cuchicheó guiñándole un ojo:

—Mañana lo olvidarás y te lo volveré a recordar la siguiente vez que te lo pongas.

El hombre soltó una carcajada, su hija tenía razón, y con cariño musitó:

—Seguramente lo arreglarás tú antes que yo.

—Seguramente —asintió ella, y suspiró.

Yngve meneó la cabeza. Había librado muchas batallas. Demasiadas. Aun así, la más difícil la tenía ante sí. Necesitaba ver a su hija feliz, ella se lo merecía. Le acarició el óvalo de la cara con cariño y dijo:

—Ambos sabemos que quien la hace la paga, ¿verdad? —La joven afirmó con la cabeza, y él añadió tocando con mimo el broche—: Pero mientras llega ese momento, no cometas el error de arruinar tu presente recordando un mal pasado que ya no tiene futuro ni solución. ¿Comprendes, Demelza?

La joven sonrió. Le gustaban las conversaciones que siempre mantenía con su padre, eran especiales, diferentes, maravillosas. Y, dispuesta a hacerle ver que seguiría su consejo, se levantó y con un gracioso gesto preguntó:

—¿Qué tal si bailas?

—¿Contigo?

Demelza rio y, mirando a Alvilda, la mujer con la que Yngve se divertía últimamente, replicó:

—¿No lo pasarías mejor bailando con ella?

Él sonrió y afirmó con gesto seguro al tiempo que le tendía la mano:

—Lo pasaré mejor bailando contigo. Con mi guerrera.

Sin dudarle, Demelza aceptó su mano y, encantados, ambos danzaron felices.

Capítulo 2



Mientras bailaban junto a los novios, Urd, la esposa de Yngve y la madre de los hermanos de Demelza, los observaba. Ella era la única que llamaba Laug a la pelirroja, un nombre que la muchacha odiaba y que, a pesar de todo lo ocurrido, ella se negaba a olvidar.

Demelza había sido su piedra en el camino. Su frustración. El hecho de que su marido se acostara con otras mujeres ejerciendo su derecho a la poligamia no le importaba, como no le importaba a él cuando ella hacía también uso de ese mismo derecho. Sin embargo, nunca le había gustado aquella hija suya. Y, aunque se encontraba serena disfrutando de la boda de su hija Ingrid, en su mente estaba Haakon, su hijo desaparecido.

Tras muchos bailes, durante los cuales Demelza intentó demostrarle a su padre que estaba feliz, cuando paró a descansar, oyó:

—Toma un poco de salmón, Demelza.

Al oír la voz de aquella persona tan importante para ella, la joven se volvió. A su lado estaba Hilda, lo más parecido a una madre que tendría nunca, con varios platos de salmón.

—No tengo hambre —respondió negando con la cabeza.

Hilda suspiró, su niña no había tenido un año fácil. No obstante, sin darse por vencida, insistió:

—Vamos, debes comer un poco. Al parecer, está exquisito.

—¿«Al parecer»?

Ambas sonrieron. Sabían mucho la una de la otra.

—Vale —dijo la joven finalmente—. Ya lo sé. El salmón nunca te sienta bien y por eso no lo has probado.

—Exacto. Pero tú debes comer. Vamos, ¡coge uno!

Sonriendo, Demelza asió uno de los platos. Era lo mejor. Si no lo hacía, Hilda seguiría insistiendo.

—De acuerdo —sonrió—. Comeré.

Una vez Hilda se marchó para seguir repartiendo salmón, ella dejó con disimulo su plato sobre la mesa, no le apetecía. Entonces miró hacia los caballos de los asistentes, que parecían inquietos, y se acercó a ellos. Le encantaban los animales, especialmente los caballos, a pesar de que ella no tenía uno propio, y los acarició con mimo.

Complacida, buscó con la mirada a la nueva yegua de su hermana, aquella maravillosa yegua grisácea de ojos cautivadores de la que ambas se habían enamorado hacía unos meses cuando acompañaron a su padre a vender queso a otro pueblo. Por suerte, ahora ese animal era propiedad de su hermana Ingrid, porque su marido se lo había regalado.

Con cariño, caminó en su dirección. Instintivamente, la yegua miró a Demelza y se dirigió hacia ella. La joven sonrió. Ella y su magnetismo con los animales. Así pues, parándose, esperó a que la yegua se aproximara y, una vez la tuvo delante, apoyó la frente sobre la testuz de aquélla y, en noruego, murmuró con mimo:

—Eres preciosa..., preciosa.

La yegua meneó la cabeza encantada por sus palabras, y Demelza sonrió.

Según su padre, aquel magnetismo era un don. Yngve pensaba que su hija pequeña tenía una conexión especial con los animales. Nunca había conocido uno que se resistiera a ella. Todos terminaban acercándosele.

Abstraída estaba disfrutando de la yegua cuando miró al cielo, ese firmamento que tanto le gustaba observar por las noches, y de pronto se le erizó el vello de todo el cuerpo.

¿Qué pasaba?

Como habría dicho Hilda, eso le ocurría porque las hadas la avisaban de algo.

Pero ¿de qué?

Sonriendo, se pasó las manos por los brazos para calentarse. Sin duda lo sucedido se debía a que comenzaba a refrescar.

De nuevo centró toda su atención en los caballos; eran preciosos, a pesar de que ella poco supiera de equinos. Pero entonces notó una mano que la agarraba y, alarmada por lo que momentos antes había recordado, se volvió súbitamente.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó al ver a su hermana Ingrid.

—¿Por qué? —sonrió aquélla.

Sin querer recordarle que estaba siempre alerta por si Viggo aparecía, se encogió de hombros, e Ingrid, que estaba emocionada por el maravilloso día que estaba viviendo, afirmó:

—Sabía que estarías aquí.

Ambas rieron, y entonces Ingrid cuchicheó mirándola de arriba abajo:

—Estás preciosa con ese vestido. Te sienta de maravilla.

—Estoy ridícula —se mofó Demelza.

—¡¿Qué dices, Dem?! No lo estás. Cuando vistes como una mujer, estás realmente bella. Preciosa.

Demelza suspiró. Su femineidad era algo que hacía tiempo que había olvidado. Prefería pasar desapercibida para los hombres, por distintos motivos. Y, observando el escote de su vestido, musitó:

—Odio que me miren los pechos. Ver sus gestos me enferma.

Ingrid rio por su comentario y, para desviar el tema, comentó acariciando a su yegua:

—Cuando Harald me la ha entregado, ¡no me lo podía creer!

Demelza sonrió feliz. Aquella yegua grisácea de crines negras, de tres años, era impresionante.

—La dicha ha llegado a tu vida en muchos sentidos, hermana —afirmó.

Ingrid asintió. Estaba convencida de aquello. Se había casado con el amor de su vida y, sonriendo, musitó mirando al animal:

—Harald y yo hemos pensado que el primer potrillo que tenga... ¡sea para ti!

Demelza sonrió feliz, su hermana y su cuñado la querían mucho, y declaró emocionada:

—Lo esperaré con deseo.

—Por cierto —cuchicheó Ingrid a continuación—. He decidido llamarla *Unne*.

—Nooooooooooooo...

—Síiiiiiiiiiii...

—¿Por qué? ¿Por qué *Unne*?

—Porque *Unne* significa «amor». ¿Qué mejor nombre para ella? —explicó la recién casada.

Demelza rio. Ingrid era una romántica y, para su suerte, había conocido el amor. Y, recogiendo su espectacular cabello rojo en una coleta, cuchicheó:

—Una yegua como ésta merece un nombre poderoso, y creo que...

No pudo terminar de hablar. Agarrándola de la mano, Ingrid tiró de ella y exclamó:

—¡Vamos, Dem!

—¿Adónde?

—¡Vamos! —insistió la novia.

Cogidas de la mano, las dos hermanas se alejaron de la fiesta.

Demelza e Ingrid. Ingrid y Demelza.

Eran tal para cual. Impetuosas, arriesgadas, valientes.

Ambas tenían los ojos y la tez clara como su padre. Aunque Ingrid, dos años mayor, era rubia y Demelza, pelirroja. Poseía un pelo tan rojo que muchos pensaban que eso era lo que hipnotizaba a los animales.

Entre risas, y cogidas de la mano, llegaron hasta un solitario lugar más tranquilo tras una enorme roca. Y, sin preocuparse por los bonitos y delicados vestidos que llevaban, se tiraron al suelo y se descalzaron para sentir el frío en los pies.

El espectáculo comenzaba.

Colores verdes, rosas, blancos o violetas bailaban en el firma-

mento mientras ellas lo observaban maravilladas, cuando Demelza, la más joven de las hermanas, murmuró al sentir de nuevo el vello de su cuerpo erizado:

—Lo creas o no, esta vez, las valquirias se han acercado tanto a mí que incluso todo el vello del cuerpo se me ha puesto de punta.

Ingrid sonrió, no dudaba de la palabra de su hermana, cuando la oyó decir maravillada sin apartar sus ojos claros del cielo:

—Cuánta belleza.

—Sí.

—Siempre nos gustó ver el cielo así.

—¿Recuerdas la leyenda que nos contó Hilda?

—¿Cuál de todas? —se mofó Demelza.

Ingrid sonrió y, recordando su preferida, respondió:

—Esa que dice que los colores son mujeres enamoradas y correspondidas que bailan eternamente tras su muerte.

—Tú y tu romanticismo.

—Sentirte amada y protegida es... es muy bonito, Dem —afirmó Ingrid—. Espero que algún día aparezca esa persona que te haga sentir que la vida es algo más que guerrear y...

—Yo no soy tú, Ingrid —replicó Demelza.

Su hermana la miró y, consciente de lo que decía, afirmó frunciendo el ceño:

—Ya sé que no eres yo. Y precisamente por eso espero que algún día llegue ese hombre especial que te regale una preciosa, única y excepcional prueba de amor y te haga saber que él y sólo él es el dueño de tu corazón.

—Oh, Ingrid, no digas tonterías —se mofó ella.

La joven rubia la miró e insistió con gesto serio:

—Espero que, cuando ese hombre llegue a tu vida e hinque la rodilla en el suelo como lo hizo Harald para pedirme matrimonio, lo aceptes. Porque, si no lo haces, juro por Odín que te perseguiré y te martirizaré el resto de tus días, ¿entendido?

Demelza soltó una carcajada y, a continuación, al ver el gesto de enfado de su hermana, musitó:

—Pobre incauto, si espera que yo me enamore de él y acepte semejante cursilada.

—¡Dem! —gruñó Ingrid.

Divertida por el romanticismo de su hermana, Demelza repuso mirándola:

—Siento decirte que eso nunca pasará. Nunca le daré a ningún hombre esa oportunidad, y menos me enamoraré yo de él. Y no lo haré porque...

—¡Oh, cállate! —la regañó aquélla.

En silencio, continuaron observando la impresionante aurora boreal, recordando los cientos de leyendas que Hilda les contaba. Aquellos colores mágicos que aparecían en el cielo en determinadas épocas del año y que desde niñas les gustaba disfrutar juntas. Entonces, Demelza comentó tocando el cabello recogido de su hermana:

—Hoy, cuando ya finaliza el día de tu boda, las valquirias están felices por tu unión. Por ello nos permiten ver el reflejo de sus armaduras mientras lo festejan.

—Preciosos reflejos —musitó la desposada, acariciándose el colgante tallado que llevaba al cuello en forma de corazón y que su hermano Haakon le había regalado años antes. Como ella decía, era su talismán de la suerte.

Las jóvenes hermanas de padre sonreían cuando Ingrid, alzando la mano, susurró señalando su bonito *baugr*:

—Es precioso el anillo de la abuela, ¿verdad?

Demelza miró la alianza labrada de plata vieja que su hermana llevaba en el dedo. Aquel antiguo anillo, que pertenecía a la familia, se lo había dado su padre a Harald para el día del enlace. Afortunadamente, no se lo había entregado a Viggo.

—Es el anillo más bonito que he visto nunca —afirmó complacida.

—Debería ser tuyo.

—No. Por suerte, es tuyo. Si padre se lo hubiera entregado a Viggo, lo habría vendido. Por fortuna, papá ahí acertó.

Ingrid asintió y, convencida de aquello como lo estaba su hermana, afirmó:

—Tienes razón.

Permanecieron unos instantes en silencio, hasta que la recién casada musitó:

—Dem...

—¿Qué?

—¡Soy la señora Hermansen! ¡Lo soy! ¡Me he casado con el amor de mi vida!

—¿No? ¿En serio?

—¡Sí! ¡Sí!

Ambas rieron a carcajadas. Ingrid había cumplido su romántico sueño.

—Estoy que no quepo en mí de felicidad —prosiguió—. Me he casado con un herrero guapo, alto, maravilloso. Lo amo y él me ama a mí, pero reconozco que estoy un poquito asustada.

—¿Por qué?

—Ay, Dem... Esta noche voy a compartir lecho con él.

La aludida, sin querer pensar en su propia experiencia, indicó:

—Tu marido será suave y delicado contigo.

—¿Y si no lo es?

—Lo será...

Ingrid suspiró. El momento ansiado y temido por toda joven había llegado, y, cuando fue a decir algo, su hermana añadió:

—Recuerda: os conocéis desde niños y lleva toda su vida obsequiándote preciosas pruebas de amor, ¿o no?

—Sí —sonrió Ingrid.

Se quedaron de nuevo en silencio y, al cabo, la recién casada, que quería lo mejor para su hermana, murmuró:

—Algún día llegará ese hombre que te ofrecerá infinidad de pruebas de amor.

—Lo dudo.

—No, no lo dudes. Sé que ocurrirá y...

—El amor no es para mí —la cortó Demelza. Y, al ver cómo su hermana la miraba, agregó—: Y no quiero hablar de eso, ¿entendido?

Ingrid suspiró, le dolía oír eso de su hermana pequeña. Pero, nerviosa por lo que se le venía encima, preguntó roja como un tomate: —¿Duele?

Demelza cerró los ojos. Le resultaba terrible recordar ciertas cosas, por lo que no respondió, momento en el que su hermana, consciente de su gesto, susurró tocándose la barriga:

—Madre me ha dicho que he de estar me muy quieta para que el dolor pase rápido y que, con el tiempo, aprenderé a moverme y a disfrutar.

Demelza sonrió al oír eso.

Ella era la hermana pequeña. Pero, por desgracia, por culpa de la que todo el mundo decía que era su madre, había tenido que madurar de golpe. Sin embargo, como no quería amargarle a Ingrid aquel momento, contestó consciente de que ella nunca había llegado a disfrutar:

—Madre tiene razón. Hazle caso.

—Pero ¿y si Harald...?

—Harald no es Viggo —replicó ella—. Si fuera así, yo misma no te habría permitido casarte con él, porque lo habría descuartizado. Y te digo una cosa más, hermana, si algún día hace algo que tú no deseas, sólo tienes que decírmelo y juro que lo mataré.

—¡Pelirroja salvaje, para! —protestó la recién casada.

La aludida sonrió.

Ése era uno de esos momentos en los que, si su padre la hubiera oído, le habría recordado su sangre escocesa. Esa sangre repleta de pasión, indisciplina y peligro que, según él, un día lo enamoró, y de cuyo amor nació ella.

El silencio se instaló de nuevo entre ambas y, tras un maravilloso color violeta que cruzó el cielo formando cascadas de luz, Ingrid musitó intentando saber lo que pensaba su hermana:

—Has de tener paciencia con madre.

—Lo sé.

—No es mala, aunque se empeñe en llamarte Laug y tú odies ese nombre. Es sólo que...

Sin dejar terminar la frase a su hermana, y haciendo uno de los movimientos que su padre les había enseñado, Demelza se sentó sobre ella con su agilidad de guerrera y, tapándole la boca, aseguró consciente de por qué lo decía:

—No te preocupes. Estaremos bien.

Ingrid asintió. Y, contraatacando, al notar que la espalda de su hermana pequeña tocaba el suelo, insistió:

—Prométeme que no la harás enfadar.

—¿Yooooo?

—¡Dem! Ya no estaré cada mañana a tu lado para...

Esforzándose por derribar a su hermana, ella la cortó:

—Me las apaño sola. Y si madre deja en paz a Hilda, todos lo llevaremos mejor.

Pero Ingrid no dio su brazo a torcer.

—Pediré a Hamingja que te cuide todos los días y te ayude a encontrar la felicidad.

Al oír eso, Demelza sonrió. Hamingja, para los vikingos, era una especie de ángel guardián que cuidaba y decidía la suerte o la felicidad de su protegido.

—¡Pobre Hamingja! —murmuró.

—¡Dem! —gruñó Ingrid.

—Vale..., vale...

Por la educación que habían recibido de su padre, un antiguo guerrero, las dos hermanas podían ser dulces mujercitas o fuertes guerreras.

Yngve había enseñado a sus cuatro hijos todo cuanto podía enseñarles. Según él, el conocimiento nunca había hecho mal a nadie. Y, por ello, había instruido a sus cuatro hijos acerca de cómo rastrear, montar a caballo y saber manejarse con el hacha, la daga, el arco y la espada. También les había enseñado el arte de la *glima*, un estilo de lucha cuerpo a cuerpo que practicaban sólo los vikingos. Algo en lo que Demelza siempre había destacado.

—Te voy a echar de menos, *señora Hermansen*.

Con cariño, la recién casada respondió dejando de luchar:

—Y yo a ti, pelirroja salvaje.

Sonriendo, Ingrid volvió a tumbarse en el suelo para ver el maravilloso cielo mientras asía con fuerza la mano de su hermana, a su parecer, la mejor que nadie pudiera tener, y cuchicheó:

—Añoro a Haakon todos los días.

—Yo también...

—Si estuviera aquí, no pararía de bromear y de bailar con las mujeres de la fiesta en toda la noche y nos recordaría que hay que vivir el presente, porque el futuro está por llegar.

Con tristeza, ambas miraron al cielo, cuando la desposada insistió:

—Y en cuanto a madre...

—No hablemos de ella ahora. Por favor —pidió su hermana.

Ingrid calló y asintió.

Su madre nunca había aceptado a Demelza como una hija, a pesar de que había llegado a su hogar siendo un bebé de apenas dos días. Saber que aquella niña pelirroja era hija de su marido y de una prostituta escocesa de la que se enamoró, aunque luego ésta murió, a Urd la partió en dos. Y más cuando quiso cambiarle el nombre, pero Yngve se negó. La niña se llamaría Demelza, como su fallecida madre había pedido, y no Laug.

Con desgana, Urd tuvo que aceptarla en su hogar, pero las diferencias que hizo entre Daven, Haakon e Ingrid, sus tres hijos biológicos, y aquélla resultaron evidentes para todos.

En su afán por controlarlo todo, la mujer se empeñó en llamarla Laug, un nombre que sólo ella usaba y al que la joven nunca había atendido. Es más, odiaba cómo lo pronunciaba y el desprecio que mostraba cuando le gritaba encolerizada: «¡Sangre escocesa tenías que tener!».

Por suerte, sus hermanos y su padre la querían, aunque aquella sangre escocesa corriera por sus venas, y la llamaban Demelza. O Dem, en los momentos distendidos. Siempre la habían adorado y les encantaba su locura y su valentía, y más cuando ella los había sacado espada en mano de más de un problema.

Uno de los días más bonitos de su vida fue cuando su padre encontró un cachorro de lobo malherido. Ayudada por Yngve y por su sabiduría, Demelza logró sacarlo adelante, y el animal, al que llamó *Wulf*, se convirtió en su más fiel amigo.

La joven nunca había añorado el cariño de una madre porque lo había recibido de Hilda, la mujer que la amamantó desde el primer día que llegó a su nuevo hogar. Fue también ella quien le enseñó a escondidas a hablar en gaélico escocés, aunque fue azotada por Urd cuando ésta se enteró.

Hilda era una esclava escocesa, una mujer raptada de su pueblo, como su difunta madre, por unos maleantes y a la que Yngve, el patriarca de la familia, había salvado una fría tarde de invierno. Una vez liberada, Yngve le dio la opción de regresar a sus orígenes o trabajar para su familia en la granja. Hilda lo pensó: ¿qué debía hacer? Pero al final, consciente de que regresar a Escocia era volver a las calles, decidió comenzar una nueva existencia. Y a partir de ese día vivió en la granja, donde su vida personal fue un desastre hasta que apareció Demelza. Su niña. Su vida.

Los años pasaron y, mientras el amor incondicional de Hilda por la niña crecía, en Urd lo que crecía era el odio. Daba igual lo que Demelza hiciera. Odiaba verla sonreír, verla recolectar frutos, ayudar en la granja, verla con la espada, disfrutar de la compañía de su lobo *Wulf* o montada a caballo. Aquella pelirroja se parecía demasiado a Marion, la prostituta escocesa que le había robado el amor de su marido, y sin dudar lo decidió urdir un plan.

Para ello, buscó a dos hermanos llamados Jensen y Viggo Iversen, unos tipos nada recomendables, medio escoceses como Demelza. Sabía lo mucho que les gustaba el dinero, los problemas, las mujeres y la bebida, y, tras urdir un plan con aquéllos, previo pago de una saca de monedas, hicieron creer a todo el mundo que Demelza, la pelirroja de pelo escandaloso, era como su madre y regalaba su cuerpo a todo el que deseaba siempre que acompañaba a su padre a vender los productos de la granja por los pueblos.

Ésa fue la venganza silenciosa de Urd. Hizo con la muchacha lo

que no pudo hacer con su madre: humillarla públicamente y ponerla en contra de su padre.

Al oír lo que se contaba de su hija pequeña, Yngve se desencantó. Esperaba mucho de Demelza, la creía especial, diferente. Y ahora, por su mala cabeza, se había convertido en su vergüenza y sería imposible encontrarle un buen marido. Harald, el novio de Ingrid, intentó hablar con él. Hizo todo lo posible porque lo escuchara, pero Yngve estaba cegado. Su hija Demelza lo había decepcionado y debía pagar su dolor.

Por ello, y sin escucharla por primera vez en su vida, a pesar de que le dijo con la mano en el corazón que su amor por ella siempre estaría ahí, aceptó el *mundr*, el precio de la novia que Viggo pagó por ella, y él ofreció el *heimangero*, su dote. Su hija debía desposarse inmediatamente, no esperarían el año de rigor que se solía esperar. Si no la casaba rápidamente, la gente los señalaría con el dedo y pronto dejarían de comprar los productos de su granja. Demelza no tuvo otra opción y, finalmente y contra su voluntad, se casó, ante la tristeza de Harald y su hermana.

Pasó de ser libre a estar enjaulada.

De llevar el pelo suelto a llevarlo recogido.

De reír, a nunca sonreír.

Y, lo peor, por exigencia de Viggo, dejó de ser Demelza Ovesen para ser Laug Iversent, algo que ella nunca aceptó. Si antes odiaba ese nombre, ahora más aún, unido a aquel apellido.

Y, aunque intentaba disimular ante Hilda, su padre y sus hermanos las torturas y las vejaciones que sufría a manos de su marido, una noche, tras una terrible paliza en la que Viggo mató a su fiel *Wulf* cuando el animal intentó defenderla cuando vio que él la azotaba, la joven, moribunda, regresó a la casa familiar desde otro pueblo, arrastrándose con el rostro y el cuerpo ensangrentados.

Yngve, al ver el estado de su pequeña, que contenía las lágrimas ante todos para no mostrar debilidad, se encolerizó.

Pero ¿con qué clase de animal había casado a su hija?

Hilda e Ingrid, rotas de dolor, con mimo y delicadeza, y ayuda-

das por dos vecinas más, pues no había quien sujetara a Demelza, cosieron la fea herida que la chica tenía abierta en el pómulo, mientras Urd, sin moverse de su sitio, las observaba con gesto impasible. Ni siquiera la dura mirada de su marido y de sus hijos, ante su frialdad, la hicieron reaccionar. A ella no le daba ninguna pena aquella muchacha ni la muerte de su lobo. Esa escocesa, hija de una prostituta, sobraba en su vida.

Daven, Harald y Haakon se volvieron locos por lo que le había ocurrido a su querida hermana, para ellos era inadmisibile que aquel sinvergüenza le hubiera puesto la mano encima a su Demelza, pero Urd los detuvo. Sin embargo, Yngve, dispuesto a matar a aquel malnacido y a su hermano, se preparó junto a Harald para partir en su busca, sin percatarse de que Haakon, su hijo mediano, se les adelantaba y, cuando llegaron al lugar, Viggo lo había matado.

La desventura cayó sobre la familia y la desesperación de Urd, ante la pérdida de su amado hijo, redobló el odio por la muchacha. Demelza era la culpable. Su hijo había muerto por culpa de aquella maldita escocesa pelirroja.

Tras un triste y terrible entierro, en el que Demelza, junto a Ingrid, se permitió llorar por la pérdida de su querido hermano, por la tarde dio sepultura a *Wulf*. Aquel lobo había formado parte de su familia y se merecía ser enterrado como tal.

Esa noche, cuando regresaron a casa, Urd estaba histérica de dolor y, sin ella esperarlo, salió a la luz el terrible plan que había urdido.

La rabia de Yngve al conocer los detalles lo enfureció más aún si cabe.

¿Cómo su mujer podía haberle hecho aquello a su pequeña?

Y, tras una terrible discusión en la que el hombre echó de la casa a Urd, al final fue Demelza quien, al ver el rostro compungido de sus hermanos, intercedió por ella. Le gustara o no, aquella desagradable mujer era la madre de sus hermanos, y no podía permitir que ellos sufrieran. Ellos la querían.

Cuando Urd regresó de nuevo a su hogar, sin que el perdón entrara dentro del corazón de su marido ni de Harald, el novio de su hermana, Demelza, dispuesta a vengar la muerte de Haakon y de su fiel lobo, le pidió a su padre que organizara un *thing*, una asamblea local con el tribunal de justicia.

Yngve, que ya lo había pensado, aceptó.

Lo ocurrido con Demelza y Haakon habían sido actos imperdonables por parte de Viggo y de Jensen, que fueron apresados y encarcelados. Tras la asamblea, se los condenó a morir al día siguiente de una forma con la que nunca entrarán en el Valhalla. Pero, ayudados por su gentuza, aquellos desalmados consiguieron escapar durante la noche.

Yngve, Daven y Harald, enfurecidos y sedientos de sangre como nunca en su vida, marcharon en su busca junto a cien hombres más. Los encontrarían y los matarían. Les arrancarían la piel a tiras. Para ellos, quien la hacía la pagaba. No había más.

Durante su ausencia, hubo saqueos en la granja y en los alrededores. Eran muchos los que sabían que los hombres estaban fuera de la zona, y robar y aterrorizar podía ser fácil, pero, gracias a Demelza, Ingrid y otras mujeres que actuaron como valerosas *skjaldmö*, mujeres guerreras, el mal no fue mayor.

Dos meses después, los hombres regresaron. No habían sido capaces de encontrar a aquéllos. Parecían haberse desvanecido de la faz de la Tierra como por arte de magia, y, con pesar, volvieron a sus hogares sin poder vengar la muerte de Haakon. Un dolor irreparable que Demelza, en silencio, se prometió vengar.

Pasados unos días de su vuelta, con la cabeza fría y el corazón roto por su hermano y por *Wulf*, la joven habló con su padre. Lo que Urd hubiera hecho en el pasado no le importaba, era un tema olvidado, pero deseaba pedir el divorcio de Viggo. Algo que sabía que la sociedad vikinga le permitía. Temas como la impotencia, los malos tratos, la mala gestión del patrimonio o la infertilidad suponían un motivo de divorcio tanto de un hombre como de una mujer, y ella quería solicitarlo de ese modo.

Yngve aceptó ayudarla. Su pequeña sería libre y regresaría a su casa, no había más que hablar.

No obstante, entró en desacuerdo con ella cuando Demelza, deseosa de humillar a Viggo, en lugar de atenerse a los malos tratos que él le había propinado en el tiempo de casados para obtener el divorcio, quiso alegar que él era impotente y nunca la había satisfecho sexualmente.

Yngve se negó, y Daven y Harald también.

¿Por qué no decir simplemente la verdad en cuanto a los malos tratos?

Con tranquilidad, y sin inmutarse ante las voces de quienes la querían, la valerosa Demelza les explicó sus motivos. Ella conocía muy bien a Viggo. Su hombría lo era todo para él y sabía que esa humillación, esa degradación como hombre, y no los malos tratos, lo haría regresar para matarla. Así, podrían apresarlo y degollarlo.

Hilda se llevó las manos a la cabeza, Ingrid también. Lo que aquélla proponía era una locura. ¡Era terriblemente peligroso! Y, horrorizado, su padre se negó. Su hija era una mujer guerrera, una *skjaldmö*, no el cebo para conseguir un fin. Ya había perdido un hijo y no estaba dispuesto a perder otro.

Urd, que hasta entonces había escuchado en silencio, se posicionó junto a la joven. Por primera vez estaba de acuerdo en algo que Demelza proponía. La muchacha se lo agradeció con la mirada, consciente de que su vida nada le importaba a la mujer.

Esa noche, la familia Ovesen tomó una decisión. Lo que Demelza proponía era una locura arriesgada, pero, indiscutiblemente, esa locura podría ser su única opción para dar muerte a Viggo y a sus secuaces.

A la mañana siguiente, Yngve se reunió con la asamblea acompañado de toda su familia. Y tras exponer lo acordado, a Demelza se le concedió el divorcio, y, en silencio y siendo de nuevo una mujer libre, regresó junto a su familia.

Otra vez volvía a ser Demelza Ovesen, era libre nuevamente de

decidir por sí misma e incluso de poder llevar su bonito cabello suelto.

Pero su regreso a casa no fue fácil. Urd, consciente de que no era un buen momento para cargar contra ella, tomó otro camino: machacaría a Hilda y con ello le haría la vida imposible a la muchacha.

* * *

Demelza e Ingrid estaban pensando en sus cosas cuando oyeron la voz de una mujer detrás de ellas:

—Por Freya y todos los dioses. ¿Qué hacéis en el suelo, ensuciando vuestros preciosos vestidos?

Las muchachas levantaron la mirada y se encontraron con la cara bonachona de Hilda, esa mujer buena, paciente y maravillosa que tanto le aguantaba a Urd.

—Viendo bailar los colores en el cielo —respondió Demelza.

Hilda sonrió y las apremió acercándose a ellas:

—Vamos, levantaos y calzaos. Y tú, ¡péinate! —recreminó mirando a Demelza—. Por Odín, que pareces una loca con el cabello revuelto.

Las dos hermanas rieron cuando la mujer continuó:

—Como os vea vuestra madre, se enfadará.

—No creo que venga por aquí —se mofó Demelza, recogiendo-se nuevamente el pelo, esta vez en una larga trenza. Era lo mejor.

Ingrid y Hilda se miraron, y la segunda insistió:

—Haced el favor de levantaros y comportaros como delicadas mujercitas.

—Pero, Hilda...

—¡Arriba!

Gruñendo y haciendo ruidos propios de los hombres, las jóvenes se levantaron mientras Hilda y ellas mismas reían a carcajadas. Les encantaba reír juntas. Hilda tenía un excelente sentido del humor, aunque al ver un gesto de una de aquéllas, preguntó:

—¿Qué te ocurre, Ingrid?

La muchacha, sin perder su sonrisa, se tocó los brazos y contestó:

—El vello del cuerpo se me ha puesto de punta.

—Eso es cosa de las hadas —murmuró Hilda con una sonrisa.

—Ya estamos —se burló Demelza.

Hilda, que creía en cosas que a ellas les hacían gracia, insistió:

—Lo que has sentido es una llamada de atención. Las hadas te avisan de algo.

—¿Será por tu noche de amor con Harald...? —se mofó Demelza.

Ingrid, al oírla, gruñó roja como un tomate:

—¡Dem!

Hilda las observó encantada, la unión de aquellas dos chicas era increíble, y, cuando iba a decir algo, la recién casada dijo señalando a su hermana para chincharla:

—¿A que está preciosa con ese vestido, Hilda?

La aludida asintió y Demelza, suspirando, cuchicheó:

—No empecemos otra vez.

—Ingrid dice la verdad, mi vida —repuso Hilda—. Te ves bonita. Te ves femenina y...

—Me veo ridícula —finalizó Demelza.

Ingrid y Hilda protestaron.

Le gustara o no a ella, los vestidos le sentaban muy bien, pero Demelza prefería ir casi siempre con ropa masculina. Odiaba que los hombres la mirasen con deseo, y ese odio se lo debía a Viggo. Él había conseguido que odiara sentirse como una mujer.

—Estás aquí... Te estaba buscando, mi cielo.

A ver a su recién estrenado marido, Ingrid sonrió y rápidamente se puso los zapatos. Harald, su amor desde niña, era dulce y calmado, y, cuando éste le tendió la mano, la joven miró a su hermana y dijo dando media vuelta:

—Dem, no tardes. Te espero para bailar, ¿entendido?

Feliz y entusiasmada por la dicha de su hermana, ella asintió. Cuando los recién desposados se alejaron, dirigiéndose a Hilda le preguntó en aquel idioma gaélico que allí todos le tenían prohibido:

—¿Será feliz?

Hilda afirmó con seguridad.

Sólo con ver cómo Harald trataba a Ingrid y el modo en que la miraba podía saber que en esa pareja había amor verdadero, y declaró:
—Tremendamente feliz.

Cuando fue a calzarse uno de sus zapatos, Demelza vio en el suelo el colgante de su hermana. Era una preciosa y trabajada piedra plana roja en forma de corazón que un día su hermano Haakon les había regalado y que luego ella perdió, e Ingrid lo consideraba su talismán de la suerte.

Seguro que se le había caído en sus forcejeos y, cogiéndolo, sonrió. La haría rabiarse hasta devolvérselo.

Tras guardárselo en el bolsillo del vestido, la joven volvió a mirar al cielo. Los colores cambiaban sin cesar. Entonces, al sentir la cálida mano de Hilda asiendo la suya, preguntó consciente de lo que pensaba:

—¿Crees que Caty está ahí?

Hilda asintió emocionada. Caty era su hija, una preciosa niña de pocos meses que murió cinco días antes de que Demelza apareciera en su vida. De ahí que hubiera sido ella quien la amamantara con sus pechos llenos de leche cuando llegó a la granja. Y, con tristeza, indicó bajando la voz para hablar en gaélico:

—Creo en leyendas, especialmente en aquella que cuenta que esos colores que bailan en el cielo son las sonrisas traviesas de los niños que han muerto. Seguro que mi Caty está bailando y riendo ahí, junto a *Wulf*.

En silencio, ambas miraron al cielo.

Aquellos momentos juntas y sus confianzas eran muy especiales para ellas.

Del mismo modo que Urd nunca había querido nada con Demelza, Hilda lo había querido todo. Aquella muchacha pelirroja e impetuosa se había convertido en la hija que había perdido. Pero, obligándose a dejar de pensar en aquello o la tristeza se apoderaría de ella, dijo atrayendo su atención:

—Estás muy bonita así vestida.

Demelza sonrió.

—Prefiero mis pantalones.

Hilda resopló. Odiaba a Viggo. Aquel hombre le había destrozado la vida y la ilusión de creer en el amor, y, dispuesta a que su niña disfrutara de aquella noche como una mujer, indicó:

—Ahora vas a regresar a la fiesta, vas a bailar con los muchachos que te inviten a hacerlo y lo vas a pasar bien, ¿entendido?

Demelza la contempló con amor; adoraba a aquella mujer con locura. Y, tirando de ella, exclamó:

—Oh, sí..., pero tú bailarás conmigo.

—¡No seas loca, Demelza! —protestó Hilda riendo.